



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9022

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Wichester, Street

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.—

MARTES 24 DE NOVIEMBRE DE 1901.

Mme. Leonie Broutin.

MODISTA DE SOMBREROS

SOLO POR OCHO DÍAS

Calle de Jara, núm. 9, principal.

Vichy catalán.—Véase el anuncio en la cuarta plana.

CORREO DE SEÑORAS.

(DESDE PARÍS.)

Nuestras modas, que durante el pasado verano han sido bonitas, empiezan á caer en la exageración. Es, por otra parte, lo que sucede generalmente cuando usamos por cierto tiempo un mismo género.

Las colas se alargan cada vez más, lo mismo que sucede á las pelerinas, y las faldas son cada vez más nesgadas; las mangas se levantan y los sombreros se aplanan; de lo cual se aprovechan los caricaturistas. Para brochear sobre todo, se usan tegidos extrañamente dibujados, con una complicación tan rara, que es preciso poner mucha atención: sobre fondo «beige» una serie de rayas nutria, de diferentes anchos que van en disminución, de las más anchas á las más estrechas, y á través una especie de zigs zags de otro color obscuro. Sobre fondo satinado negro grandes cuadros malva, hechos con una lista mate y otra moirée y á través de todos, cuadros separados por una rayita maíz... Esto es muy nuevo, sin duda, pero es atrozmente escabroso, y la pendiente que va desde la extravagancia á lo grotesco es resbaladiza.

No valiera más escoger las hermosas telas de seda con flores y dibujos diversos, como lunares, ramos y rayas? Por lo demás, con ellas se forman bonitas salidas de baile, que compiten con las «rotandas» capas largas «visites» forradas con pieles ó peluchos.

Una linda novedad en este género, una salida de baile, especie de dalmática. La dalanterá está abierta por cada lado hasta los brazos para dejar paso á éstos. Esta dalmática, que nos recuerda la forma del renacimiento, se hace de terciopelo con una tira de piel y aplicaciones de oro y pasamanería. La que posea algunos pergaminos podrá darle un «cacchet» histórico muy notable, haciéndola de paño y poniéndola por todo adorno un blasón bordado «au petit point» sobre el pecho.

Otra antigüalla en boga: las hebillas, las anchas y antiguas hebillas de plata ó acero bruñido: se pasa por ellas una tira de piel de Suecia, lo mismo que por un galón, y con una blusa rusa constituye fácilmente un lindo conjunto, que se puede utilizar con cualquier falda, pues cada vez está más admitido el usar diferentes cuerpos. La forma levita es la que sienta mejor sobre un pequeño chaleco ligera-

mente cruzado, una levita con pequeñas aldetas por delante, pero largas y cuadradas por detrás; se les puede añadir solapas directorio, puños y «jabot». La misma levita se lleva también sin chaleco, abotonada hacia un costado con solapa y lazo mariposa de encajes; esto es más severo, pero muy coquetón al mismo tiempo; es preciso escoger terciopelos «côtclés» ó «epinglés» que se adoptan bien á los demás matices: los terciopelos tornasolados, negro y rojo gris y ladrillo, dan resultados encantadores.

¿Sois partidarias de la alianza francorrusa? En tal caso llevad los broches llamados «Inseparables», que consisten en dos anillos uno de topados y «onyx», los colores rusos, y otro de diamantes, zafiros y rubíes, los colores franceses; llevad también las botas «maujicks» de cuero ruso, á la «ecuyère» pasando de la pantorrilla; adoptad los peinados moscovitas; sea la hermosa tira de terciopelo sembrada de pedrería, sea las trenzas sueltas; poned el lindo delantal blanco, lleno de bordados rojos y azules, pero, por amor de Dios, no adoptéis la cocina rusa. No es decir esto que sea mejor ó peor que la nuestra; pero invitad á personas que estén acostumbradas á la sopa Crecy, á probar las de coles «ácidas», y reemplazar la chuletas á la Subisse por un perfecto «tchin», este cocido polaco de ciruelas: esto traspasa los límites de la diplomacia y de la hospitalidad.

LA RECETA DE LA SEMANA

Perdices en salsa.—Bien limpias y untadas de manteca se sobrasan en parrillas; luego se ponen en una cazuela con perejil, pimienta, sal, aceite crudo, hojas de laurel, unas ruedas de limón ó naranja, ajos machacados y caldo que las cubra; cuando estuvieren cocidas se apartan, y por cada ave se pone una yema de huevo batida.

PICCIOLA.

LA ERMITA DEL VALLE.

(BOSQUEJO DE UNA NOVELA.)

I.

La humilde violeta, que con su grato perfume embalsama el ambiente, oculta vive entre sus hojas que la esconden, y no obstante su empeño manifestado por desaparecer á los ojos del hombre, ésta lleva su perfidia hasta buscarla en su escondite, gozoso por disfrutar con su vista, aspirando su esencia con deleite.

Elvira, escondida cual la humilde violeta en su blanca casita situada en el fondo del valle, miraba deslizar la vida, sintiendo latir su corazón con perfecta igualdad, hasta un instante en que sus latidos con más violencia dejáronse sentir, á la par que el rubor invadía sus mejillas, al observar la insistente persecución de Luis Miralles, el notable artista, que á pesar de sus pocos años tanta fama había adquirido y cuyas miradas, causándole particu-

lar efecto, hasta lo más recóndito de su alma llegaban.

II.

—¿Por qué quieres que sea, Luis mío? Hoy te vas... y por más que quiera acallar la voz de mi corazón, que contigo te llevas, se me parte el alma al pensar que vamos á separarnos...

—Pruebas tienes de mi cariño, Elvira... además mi palabra... te consta la rectitud de mis ideas y no puedes dudar de mí...

—Si ya lo sé... y tú tampoco puedes abrigar dudas, hacia mí... ¿qué más pudiera darte, si hasta el alma me has robado?

—El tiempo pasa pronto... ten confianza en mis promesas... tan luego como cumpla mi compromiso estaré á tu lado... ese día, Elvira de mi alma, será el más feliz de mi vida.

—Antes de irte vendrás ¿verdad? Te esperaré... aunque no sea más que un instante ven, que quiero verte por última vez.

—Ya no vuelvo, Elvira... el coche me está esperando... aunque es preciso que nos separemos, ya... trabajo ha de costarnos, pero es preciso... No olvides el juramento que hicimos ante el Cristo de la ermita. Dios lo escuchó... no lo olvides, que á Dios debemos dar cuenta de él.

—¡Dios mío, qué prueba tan fuerte... Luis mío, acuérdate de mí!

—Me llaman... Elvira, adiós... que este beso sea el sello de nuestra promesa...

—No dejes de escribirme, Luis... ten presente mi soledad y mi tristeza ¡Virgen Santa de mi alma!

III.

—Ten resignación, hijo mío... si perdiste su cariño te queda siempre el de tu madre... que no te abandonaré nunca... ¡quién sabe, Luis, lo desgraciado que hubieras sido con ella toda tu vida!

—¡Toda la vida! ¡Y habrá, acaso, madre mía, quien pueda arrancar esta angustia de mi alma en toda la vida! Mira, madre, en este sitio fue donde juramos querernos siempre... ¡bamos aquella tarde hacia la ermita... llegamos á ella cuando encendían las velas que alumbraban al Cristo... y allí á sus pies... Anda, entremos, madre... mira, mira la imagen de Jesús... cualquiera diría que en su semblante se refleja la impresión de la perfidia... ¡Dios mío, por qué quisiste que me olvidara!

—Vamos, hijo mío... acuérdate que aun vive tu madre... que no quiero que sufras ¿no quieres mi cariño?... ¡Si es el más grande! ¡Si como él no hay otro! ¡Hijo de mis entrañas, no llores!... Anda, vamos despacito hacia el altar... Tranquilízate, por allí viene el señor cura... anda, que no diga que ha visto llorar á un hombre...

—Ya estoy tranquilo... ¡cuántos recuerdos asaltan mi mente!... ¡Ingrata!

IV.

—Bien y usted... Si señor, la primera visita ha querido mi Luis, que sea para el Cristo del Valle... Gracias al Señor ya está más fuerte... con mis cuidados pronto estará

bueno y ya su viejecita no le dejará solo... ¿verdad, hijo mío?

V.

—¿Conque tiene muchos recuerdos para V. la ermita, D. Luis?... Je, je... lo creo, sí, lo creo... vaya, vaya, sí... sí...

—Decía V. que quería encargarse de pintar nuevamente el altar... vaya, vaya, je... sí, sí... y ahora que me acuerdo; sí, justamente, mi señora D.ª Elvira, también tiene empeño en que se haga á sus espensas...

—Empeño? Por qué, señor cura, por qué?... Diga V. pronto...

—Porque en este altar recibió la bendición nupcial y en memoria...

VI.

—No ha sido nada... ya pasó... fue un mareo;... gracias, señor cura, gracias... voy bien con mi buena madre... nada, confíe V. en mi promesa... será mi última obra...

VII.

—Sí, madre mía, sí... tú me cuidarás... y entonces emprenderé la obra... tu cariño mitigará mi pena... y cuando el Cristo tenga su altar, iremos los dos á pedirle, tú por mi salud; yo por tu vida, que tú sin jurarlo no me abandonarás nunca... ¡pobre anciana! ¡Cuán cierto es que no hay cariño como el de una madre! ¡Dios te bendiga!

Dionisio Morquecho.

VARIEDADES

VIAJES DE RECREO

«De Madrid al extranjero, pasando por otras provincias del mundo», como anunciaba el dueño de un panorama, se puede viajar cómodamente.

Era una necesidad de nuestros días el establecimiento de un panorama.

Y aun un panorama no es suficiente; que se necesita un poliorama, dada la fantasía de nuestro tiempo, y la multiplicidad de gustos.

Pero á falta de poli hay panorama al alcance de todas las fortunas é inteligencias.

Por cincuenta céntimos los generales de menor edad y niños sin graduación pueden disfrutar de los placeres de un viaje, sin más molestias que las naturales que proporciona la concurrencia en un espectáculo.

Pero la ilusión es completa. Saboya, sus valles, sus montañas; todo con propiedad extraordinaria. Se percibe hasta el acento de los saboyanos que hablan á media lengua, ó sea entre francés é italiano. Montblanc... ¡Ah! ¡Una ascensión repentina á los Alpes!

Y todo por 50 céntimos. A lo mejor se oye estornudar en la sala.

Una señora dice á su esposo: —Ya te has resfriado; ¿lo ves? Abrigate.

—Estos paisajes son muy fríos— advierte un señor que parece un Montgolfier á medio hinchar.

—¡Qué árbol tan corpulento!

—El árbol de Guillermo Tell.

—Hombre, si ese era del Suizo.

—¿Y la Saboya, dónde crees tú que está?

—¡Ay, papá, mira qué oveja!

—¿Cuál, hombre; cuál?

—Aquella tan blanca...

—Si no es oveja, niño.

—Pues, ¿qué es?

—Es el lago de Cómodo—responde otro caballero, profesor de nuestras primeras letras, según él mismo declara!

—¡Lago con patas!

—Es la perspectiva, hijo.

—En otros panoramas he visto otros pueblos.

—Es claro, hijo, es claro. ¡Qué precoz es esta criatura!

—Ya se le adivina.

—Cuando tú vés por la calle de Alcalá, ¿qué calle ves?

—¡Toma! la Puerta del Sol, y luego la calle de Sevilla y...

—No, no; ¿por qué calle vas cuando vas por la de Alcalá?

—Por otra.

—No es una inteligencia vulgar.

—Ya se vé. Esa respuesta no le ocurre á más de cuatro Senadores vitalicios.

—Es pintar como querer, por supuesto—opina otro espectador de la na merina.

—Lo que quieren.

—Yo he recorrido toda España y algo del otro mundo, y nunca he visto esos Alpes.

—¿Serán los Andes y estarán equivocados?

—¿Sabes qué bien puede ser?

Una señorita de la clase de «cursiles», exclama en viendo un puentecito con dos arcos:

—¡Ay! ¡qué puente tan pintoresco!

—Tiene dos ojos hermosísimos— advierte el amante de la niña, como tú.

—Yo no tengo los ojos en blanco.

—Son espumas del agua.

—Tampoco gasto espumas, me parece.

—Para, en ese mismo sitio dímos la acción de Retuerta—explica un caballero á varios señoras de ocho puntas, es decir de mantón y pañuelo á la cabeza.

—Si ese paisaje es de Niza.

—Pues si no fué la de Retuerta, fué la de Arrigarrilaga.

—Niño, no te aproximes á ese barranco, que te puedes caer.

—¡Qué propiedad! ¡Qué ilusión tan grata!

Por fin, un militar de la clase de tropa, libre de servicio, decía á la melitara, á quien había convidado á panorama, aunque pagando ella.

—¿Te parece que pernotemos aquí esta noche, á seguimos hasta París?

EDUARDO DE PALACIO.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

CONSUELO.

CHARADA.

Llevo sobre prima dos, una segunda primera, adivínalo lector.

La solución en el número próximo.

EFEMERIDES.

1590.—Muere en Madrid D. Juan